

el pecado, terrible tenia que ser la sentencia, y lo fué en efecto. Mientras perseveraron en el estado de la inocencia fueron felices, y feliciísimos hubieran sido siempre, si siempre; se hubieran conservado obedientes á Dios que tan poco les mandaba y tanto les favorecía; pero quisieron rebelarse contra él, y se rebelaron. ¿A quién, pues, echaremos sus descendientes la culpa de nuestras desgracias? ¿A Dios? Nó: de ningún modo: porque sobre haberles puesto un solo precepto, en signo de su dominio, y superioridad, les habia anunciado los males que habrian de seguirseles, si le quebrantaban *morte morieris*. Nuestros padres sí, y solo nuestros padres Adan y Eva son los verdaderos culpables de nuestros trabajos y aflicciones, pues, pecaron porque quisieron; y aunque Adan se disculpa con Eva, y esta con la serpiente, es lo cierto que no pasan de ser vanas excusas, por cuanto ni la serpiente podia violentar la voluntad de la mujer, ni esta la de su marido, sino que unos y otros quisieron que el desobedecido fuese Dios, aunque con diversos fines. La serpiente, ó sea Lucifer, para hacer infeliz y desgraciado al hombre; y marido y mujer para hacerse independientes é iguales á Dios, como antes os he dicho. Resulta, pues, cristianos, que Dios obrando como quien es, castigó justísimamente á nuestros rebeldes é ingratos padres, y que estos y nadie mas tienen la culpa de nuestras miserias y penalidades. Si ellos hubieran sido buenos, buenos fuéramos todos sus descendientes; pero se hicieron reos de lesa Magestad divina, fueron condenados á la privacion de todos los bienes, al destierro y á la muerte, en este estado infeliz y en cierto modo degradante, ha tenido principio su descendencia ¿qué merito, pues, podemos alegar sus hijos para ser felices y dichosos? Nacidos de padres pobres y miserables, por haber estos disipado voluntariamente toda la hacienda ¿qué derecho alegaremos nosotros para que se nos tenga por ricos? ¿En dónde hemos nacido? En el destierro. ¿Qué bienes nos han quedado de nuestros primeros padres? Ningunos. ¿Pues luego á quién hemos de reclamar y qué hemos de pedir? A nadie, y nada. Tal es, mis amados, el estado en que nos colocaron Adan y Eva; pero afortunadamente no es este en el que nos hallamos.

Dios infinitamente misericordioso se compadeció de los hombres, prometió redimir al humano linaje y lo ha eumplido. Su voluntad nos es patente, espresa está en los mandamientos de la divina ley, nos ofrece sus auxilios para cumplir con ellos; pues, pidámosle contritos y humillados que nos conceda su gracia. para que haciendo su voluntad santísima en esta vida, le cantemos eternas alabanzas en la gloria. *Amen*.

## PLATICA VI.

### CONSECUENCIAS DEL PECADO ORIGINAL.

*Factus est finis meus in corruptionem, et oratio mea in improperium.*

Esdr., lib. IV, cap. 40, v. XXVIII.

**CRISTIANOS:** justo, justísimo es que fijemos nuestra atencion con preferencia en el negocio que mas interesarnos pueda, ó mas intereses nos reporte. Mientras que así obremos, podemos estar seguros que la prudencia es nuestro norte, y sabido de todos es, que quien prudentemente procede, merece bien, y se hace digno de premio. Sentado este principio, fácil será conocer á todos, que de cuantos negocios puedan ofrecérsenos en esta vida, ninguno es tan interesante como el de la salvacion de nuestra alma.

Mortales como somos, y dotados de una alma inmortal, poco deben importársenos los bienes perecederos conque el mundo traidoramente nos convida, toda vez que al morir con todos se queda él, y aun sucede muchas veces que para privarnos de ellos á su antojo, no aguarda á que

muramos, sino que sin atender á las fatigas y sudores que tenemos que emplear, generalmente hablando, para adquirirlos y conservarlos, se burla las mas de las veces de nuestros desvelos y cuidados, y sin saber como, vemos que otros son dueños de lo que antes teníamos por nuestro. Esta consideracion, y la de saber que nuestra alma durará siempre; feliz, si morimos en gracia de Dios, ó desgraciada en extremo, si morimos en pecado, bastaria por sí sola para que antes que todo cuidásemos de vivir con arreglo á la ley santísima de nuestro Dios. De todos estos cuidados estaríamos dispensados, si nuestros primeros padres no hubieran pecado, pero hicieron su gusto, se complacieron en rebelarse contra Dios: y el Señor, que es infinitamente justo, les castigó segun que su culpa merecia. Todos pecamos con ellos, y todos tenemos que sufrir las consecuencias del pecado. Si ellos hubieran sido obedientes al precepto de Dios, felices fueran ellos y nosotros; pero se declararon enemigos y ladrones, perdieron la gracia por su voluntad, y ellos y nosotros quedamos desgraciados. La prueba de esta verdad eterna todos la experimentamos demasiado: pero los cristianos en medio de tantas desgracias, tenemos la dicha de contar con poderosísimos medios, ya que no para librarnos de las penalidades de esta vida, sí de la condenacion eterna. Esta va á ser la materia de que voy á ocuparme. Continúad atentos.

Sabido es, cristianos, que tan luego como Adán y Eva consumaron el pecado, se les abrieron sus ojos, esto es, conocieron que no en vano les habia dicho Dios, que el árbol que les prohibia tocar, y de su fruta comer, era el de la ciencia del bien y del mal. De la observancia ó infraccion de este único precepto pendia gozar siempre del bien, ó sufrir el rigor de todos los males; y así lo experimentaron. Mientras fieles se conservaron ¿quién mas felices que ellos? Se hicieron traidores y asesinos, ¿quién tan desgraciados como ellos? La vergüenza fué la primera que se dejó sentir tan pronto como pecaron, y los que antes se miraban reciprocamente como ángeles, sin ruborizarse; ahora quiere cada cual esconderse del otro, hasta cubrirse y poderse despues presentar sin sonrojarse. No: no fué la vergüenza la sola pena que el pecado de nuestros padres mereció. ¿Pero y quién podrá numerarlas? Contemos los males que en cuerpo y alma puedan atormentar al hombre, y contaremos á la vez los efectos del primer pecado. Por de pronto se nos presentan despues de la espulsion del paraíso, obstruido para siempre el paso para la gloria, la esclavitud al demonio y el tener que ser atormentado terriblemente por toda una eternidad. Se nos presenta la ignorancia conque

todos nacemos, la propension á lo malo, ó sea la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, esto es, por efecto del pecado nos sentimos inclinados á los deleites carnales, á ver tambien mas de lo que nos es licito desear, y á ser soberbios y orgullosos, como si de nadie hubieramos de necesitar, siendo así que todos de todo tenemos necesidad, sin que por nosotros solos nada bueno podamos hacer. Hay mas: nacemos enemigos de Dios, hijos de ira, y solo aptos para servir de pasto á las voraces llamas del infierno. Todo esto nos lo enseña la fé; la razon solo nos decia que segun lo que en nosotros observabamos no podia menos de haber sido viciada en su origen nuestra naturaleza, por cuya causa, á no dudar, las enfermedades de cuerpo y alma, la muerte y demas penalidades se nos hacian estremadamente sensibles. La revelacion ha venido á sacarnos de dudas, y nos ha puesto de manifiesto todos los hechos, segun que han pasado. Ya no estrañaremos, cristianos, ver á los hombres de los primeros siglos entregados á los mayores excesos, y cual ciegos, sin guia, precipitarse de abismo en abismo.

En proporción que las generaciones se aumentaban, separándose ó alejándose de su origen, se iban estinguiendo á la vez las ideas de religion y culto al Ser Supremo, que Adán arrepentido de su culpa, lo mismo que Eva, comunicaron á sus primeros hijos. Sintiendo de lleno sus descendientes todas las penas que la primera culpa mereció, se entregaban casi como bestias á la satisfaccion de sus pasiones, por efecto de la concupiscencia de la carne, y la de los ojos. Conocian sí, como no podian menos que habia un Ser Supremo, de quien todo dependia, por haberlo él criado. Pero, quien era este Ser; quien fuera este Dios, lo ignoraban, y torpes como ellos solos, confundian al criador de la criatura. Quién adoraba al sol, quién se ponía de rodillas delante de la luna implorando el remedio de sus males; unos se dedicaban á fabricar figuras de barro ó piedra, y luego que las acababan, las ponian sobre los altares acatándolas y reverenciándolas, no como á imágenes de Dios, sino como á verdaderos dioses; otros no se conformaban con dioses de esta clase, y los buscaban en los huertos y en las aguas constituyéndose de este modo adoradores de peces, y de reptiles ponzoñosos. ¡Qué bien vienen aquí católicos, las palabras de Esdras que sirven de tema á mi discurso. *Factus est finis meus in corruptionem, et oratio mea in improprium.* ¡Pobre de mí! (Podia esclamar entonces el humano linage). ¡Pobre de mí! que pongo mi fin en lo que es corruptible, y mi oracion se convierte en afrenta mia! Compadeceos de nosotros, miserables hijos de Eva, suplicarian al verdadero Dios los pocos justos que habia. Librad Señor al hom-

bre (1) para que no descienda á la corrupcion: que vuelva como estaba en los dias de su mocedad ó como cuando estaba en vuestra gracia: «*St. Implorará el hombre la misericordia de Dios; el cual se aplacará, y le mirará con rostro alegre, y le restituirá su justicia.*» Con efecto, mis amados, Dios se compadeció del hombre, y aquellas memorables palabras que pronunció maldiciendo á la serpiente infernal (2). Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya, Ella quebrantará tu cabeza:» comentaron á cumplirse. La mayor parte de los hombres, es verdad, continuó encenagada en los mas detestables vicios á pesar de los castigos conque Dios les affligió; pero en medio de la corrupcion general que no ofrece al observador mas que objetos de escándalo y de desconsuelo, se divisa un pueblo que en nada se parece á los tantos otros, por lo que toca á la eleccion extravagante de dioses y rarezas de su culto. A poco que se reflexione, se conoce muy bien que la religion, que esta nacion profesa, es pura y racional, así en sus dogmas; como en las ceremonias magestuosas é imponentes de que se vale y con las que forma un admirable contraste con aquellas ridiculeces que al primer golpe de vista se advierten en las demas religiones. Este pueblo afortunado adora al verdadero Dios, del que tiene las ideas mas elevadas; pues le reconoce, unico, eterno, inmenso, inmutable; que todo lo sabe, todo lo vé; criador de todo y todo lo gobierna; justo y perfectísimo. En vano las demas naciones le persiguen cruelmente para que abandone sus creencias. Nada es bastante para que deje de conservar y acatar el libro que contiene los escritos de Moisés y de muchos profetas, á quienes atribuye caracteres divinos. Si: en este precioso libro, y solo en él, se da razon del origen de todas las cosas. En él se nos presenta Moisés como un hombre verdaderamente extraordinario, confidente nada menos de los secretos de Dios: este hombre célebre se persona en nombre del Dios que adora, á Faraon rey de Egipto, y le precisa en fuerza de hechos públicos y sobrenaturales (que los mas interesados en contradecirlos, son los primeros en confesarlos) á dar libertad á este mismo pueblo, cautivo entonces, bajo el mando de aquel rey. Moisés marcha en seguida victorioso á la cabeza de esta nacion rescatada, y haciendo ostentacion del poder que Dios le diera, abre instantáneamente un camino al través de las caudalosas aguas de mar Bermejo, y pasa con su pueblo á pie enjuto, quedando entretanto las aguas á derecha é izquierda,

(1) *Job., cap. 33, v. XXIV y siguientes.*

(2) *Gen., cap. 3, v. XV.*

cual si fueran murallas. Refiere tambien (1) que los Egipcios *pesarosos ya de haber soltado ó dado libertad á este pueblo escogido*, siguiendo el alcance, entraron en medio del mar tras los *israelitas*, con toda la caballería de Faraon, sus carros, y gente á caballo. Mas Moisés, haciendo lo que Dios le mandaba desde la columna de fuego y de nube que acompañaba al pueblo de Israel, estendió su mano sobre el mar, y las aguas se reunieron envolviendo en medio de las olas á todo el ejército de Faraon, sin que se salvase siquiera uno, de cuantos entraron en el mar persiguiendo al pueblo tan favorecido de Dios. Así triunfante Moisés se dirigió al desierto seguido de todos los *israelitas*, y allí ofreció sacrificios al Señor en signo de gratitud y respeto debido á solo Dios. Obra allí de nuevo maravillas, y se le vé por último sobre una montaña conversando con el Omnipotente; con aquel mismo Señor que se entretuvo en formar de barro el cuerpo del hombre; con aquel Ser infinito, que al criar al rey en cierto modo, de toda la naturaleza, dijo como consultando consigo mismo. «*Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra.*» Pues con este mismo Dios, que no se desdeñó de proceder así con el hombre, vieron todos los *israelitas* que hablaba Moisés, y que de él recibió del modo mas magnífico y admirable la ley que por todos debía ser observada. Además, contiene este libro, tan venerado por los hebreos, porcion de leyes dictadas con tal sabiduría que, á no dudar, esceden infinitamente á todo cuanto la filosofia se ha esforzado inútilmente en descubrir y plantear. ¿Qué mucho pues, cristianos, que libro tan precioso llame la atencion del mundo? Todo lo que contiene es sublime, extraordinario. Pero lo que mas sorprende, son los milagros efectuados á vista de una infinidad de gentes, sin que ni amigos ni enemigos duden de su realidad; y las profecías que anuncian la venida de un Mesías que ha de redimir al humano linage, franqueándole á la vez las puertas del cielo, que á no ser por esta redencion admirable, siempre y por siempre estarian cerradas para el hombre. Hay mas; y es que estas profecías marcan hasta las circunstancias mas pequeñas que han de acompañar al nacimiento, vida y muerte del prometido y si examinamos los rasgos por los cuales se designa el libertador del hombre, y los cotejamos con la historia de Jesucristo; hallamos clara y distintamente que él es el Mesías anunciado por los profetas muchos siglos antes de nacer. Sus trabajos su ministerio, los acontecimientos que mediaron y se han seguido á su muerte, no han podido ser mas circunstanciados. ¿Y qué mucho, mis

(1) *Exor., cap. 14, v. XXIII y siguientes.*

amados, que así sucediera, siendo como es, Jesucristo el verdadero Mesías, y el mismo Dios quien á los profetas inspiró? El enlace que se advierte entre los Evangelios, y los escritos de Moisés es tan perfecto, que por sí solo evidencia, que tienen un mismo origen. Lo que se predice en los unos, se vé cumplido exactamente en los otros, y si buscaremos la autoridad de estos proféticos escritos, descubrimos al momento que están apoyados en testimonios tan irrecusables, que los mas encarnizados enemigos de la revelacion han tenido que confesarlos verdaderos. Sí: cristianos. Jesucristo nos redimió de la cautividad del pecado. Nos reconcilió con su eterno Padre y gracias á él, tenemos franca la entrada en el cielo, si observamos fielmente la suavísima ley que nos impuso. He aquí porqué en el cap. 17 de los Hechos apostólicos se nos dice (1), que «Dios habiendo disimulado ó cerrado los ojos sobre los tiempos de una tan grosera ignorancia, intima ahora á los hombres, que todos en todas partes hagan penitencia. Y san Pablo dice (2). «Que si cuando eramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo; mucho mas nos salvará ahora por él mismo, estando como está resucitado y vivo. Y que así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte; así tambien la muerte se fué propagando en todos los hombres por aquel solo Adán en quien todos pecaron. Pero no ha sucedido en la gracia (continúa el santo Apostol) así como en el pecado: porque si por el pecado de uno solo murieron muchos; mucho mas copiosamente se ha derramado la misericordia y el don de Dios, por la gracia de un solo hombre, que es Jesucristo. En conclusion dice al santo Apostol (3) así como el delito de uno solo atrajo la condenacion de muerte á todos los hombres: así tambien la justicia de uno solo ha merecido á todos los hombres la justificacion que da vida al alma.»

Así es, mis amados: lamentémonos cuanto queramos de la culpa de nuestros primeros padres, que tantos males nos ha ocasionado; Lloremos la perdida de tantos hermanos nuestros que despreciando los auxilios de la gracia, han querido y por desgracia muchos aun quieren vivir ennegados en los vicios, sin advertir que sobre no ofrecer nada sólido este mundo, tienen necesariamente que sufrir los rigores de la divina justicia, ya que no en esta vida, de seguro en la otra. Dios infinitamente sábio, justo y poderoso no se hace indiferente á las ofensas que el hombre, criatura suya tan querida le hace. Lloremos sí, repito, la suerte des-

(1) V. 50.

(2) *Epis., ad Rom., cap. 5, v. X y siguientes.*

(3) *Ibid., v. XVIII.*

graciada de estos infelices hermanos nuestros, pero demos á la vez gracias incesantes á nuestro Dios, por haberse compadecido del género humano, y redimidole á tanta costa. ¿Qué hubiera sido de nosotros, mis amados, si hubieramos vivido en los tiempos y entre quienes no reconocian al verdadero Dios? Ya hubieramos muerto como ellos, y nuestras almas se hallarian como las suyas en el infierno. Pues manifestemos nuestra gratitud al Señor que tantas pruebas nos está dando de amarnos mucho. Veneremos sus altos juicios, y amémosle de todo corazón, y con toda nuestra alma. ¿Hemos pecado? Bien lo sabe el Señor, y no obstante nos conserva la vida, esperando de nosotros que le digamos: Señor, ¡Pequé! ¡Tened misericordia de mí! Pues digámoselo en esta misma hora: rabie cuanto quiera Satanás. Pidámosle su gracia por la intercesion de su Santísima Madre, para hacer una buena confesion, y entablar una conducta conforme en todo con su ley divina, á fin de que viviendo como verdaderos cristianos tengamos la muerte de los justos y triunfantes entremos en la eterna gloria. *Amen.*

